

bell hooks

COMUNIÓN

La búsqueda femenina del amor

Traducción de Montserrat Asensio

PAIDÓS Contextos

CAPÍTULO 1

Envejecer para amar y amar envejecer

Hablo a diario con otras mujeres acerca del amor y de la edad. Parece que es un tema de conversación habitual una vez que pasamos de los cuarenta años. Y la buena noticia es que todas estamos de acuerdo en que envejecer es más divertido ahora de lo que había sido jamás. Ofrece alegrías y placeres. También plantea algún que otro problema, claro. Sin embargo, la novedad para muchas mujeres es que los problemas no siempre nos aplastan. Y, si lo hacen, no nos quedamos en el suelo. Nos levantamos y volvemos a empezar. Forma parte de la magia, del poder y del placer de la mediana edad. Aunque criticar el feminismo se ha convertido en algo tan cotidiano como conversar acerca del tiempo, todas estamos en deuda con él. El feminismo o movimiento de liberación de la mujer, no importa cómo queramos llamarlo, ayudó a cambiar la perspectiva de las mujeres sobre el envejecimiento. Ahora, muchas de nosotras nos sentimos mejor en relación con los efectos del paso del tiempo, porque hemos desechado los antiguos guiones que nos decían que la vida acaba a los treinta o a los cuarenta años, cuando nos convertimos en zombis asexuados que critican, critican y critican sin cesar y amargan la vida de todos los que nos rodean. Por lo tanto, que el feminismo tenga defectos es irrelevante, porque ha ayudado a que todos desechen esos guiones. Y cuando digo todos, me refiero a todos.

Hemos cambiado la manera en que pensamos acerca del envejecimiento y hemos cambiado también la manera en que pensamos acerca del amor. Al principio, cuando el mundo empezó a cambiar para las mujeres gracias al movimiento feminista y muchas alcanzaron una igualdad sin precedentes, solo las que habían podido probar el poder (el privilegio que otorgan la clase, la educación o los talentos muy especiales e imposibles de pasar por alto) «lo entendieron» y «se pusieron manos a la obra». Estas mujeres formaron parte de la vanguardia feminista. A menudo, contaban con ventajas excepcionales o estaban muy orientadas al éxito y, a pesar de que el feminismo ayudó a despegar a estas mujeres, con frecuencia no mejoró ningún aspecto de la vida de las masas de mujeres ordinarias. Si bien muchas de las ventajas conseguidas gracias al movimiento de liberación de la mujer no llegaron a las capas inferiores, lo concerniente al envejecimiento sí que permeó todos los niveles. El feminismo cuestionó las maneras sexistas de pensar acerca del cuerpo y ofreció nuevos estándares de belleza, nos dijo que los cuerpos redondeados eran voluptuosos y los vientres grandes, sublimes; que el vello de las axilas y de las piernas era atractivo... Nos ofreció nuevas posibilidades de realización tanto en la vida profesional como en la vida íntima.

A medida que las mujeres hemos cambiado de opinión acerca del envejecimiento y ya no lo vemos como algo negativo, también hemos ido cambiando de parecer acerca del significado del amor en la mediana edad. La compilación de entrevistas de Beth Benatovich en *What We Know So Far: Wisdom Among Women* [Lo que sabemos hasta el momento: La sabiduría entre las mujeres] ofrece un potente testimonio que lo afirma. Erica Jong declara casi proféticamente: «Creo que estamos en un momento histórico en el que hemos iniciado el tipo de revolución que crea pioneras... Las mujeres mayores han recuperado su antigua función de profetisas y consejeras... Esta es la gran transformación que se está volviendo a dar en nuestra era. Al buscar inspiración más allá de la belleza del cuer-

po, nos vemos obligadas a redefinir la segunda mitad de nuestras vidas, a abrir caminos nuevos». Las mujeres aún nos enfrentamos a dificultades cuando envejecemos, pero el cambio reside en que mujeres de todas las edades, clases y etnias afrontan dichas dificultades de un modo constructivo. Las conversaciones abiertas y honestas acerca de las innumerables maneras en que el síndrome del nido vacío, la muerte de los padres o de la pareja o la profundamente trágica muerte de un hijo desencadenan el caos psicológico en nuestras vidas nos han ayudado mucho. Las conversaciones sobre este sufrimiento serían rancias y rutinarias de no ser por las maneras creativas en que las mujeres atienden a la cuestión del envejecimiento tanto en la mediana edad como después de haber cumplido los sesenta. El valor de elegir la aventura es el ingrediente que existe ahora en la vida de las mujeres y que no estaba presente en la mayoría de las mujeres antes del movimiento feminista contemporáneo. Comparemos a las mujeres que sufrían en silencio el cáncer de mama con las mujeres que hoy alzan la voz, que recuperan con orgullo y con amor sus cuerpos intactos, enteros y maravillosos después de las mastectomías. La poetisa Deena Metzger exalta valerosamente en un cartel la belleza de esas mujeres con un solo pecho. La teórica Zillah Eisenstein lo explica todo acerca del cáncer de mama y de su historia personal, en *Manmade Breast Cancers* [Cánceres de mama causados por el hombre]. Así es como las mujeres de mediana edad cambian el mundo.

En el emocionante mundo de mujeres en el que crecí, formado por una gran familia con mucha presencia femenina —bisabuelas, abuelas, tías abuelas, tías, hijas y nietas—, aprendí muy pronto que envejecer sería una maravilla. Las mujeres que nos rodeaban hablaban de la plenitud de la vida como si, de verdad, fuera la tierra prometida. Como bellas serpientes, mudaban de piel y adquirían una nueva, más potente y bella que todas las anteriores. Algo de ellas iba a resucitar. Iban a nacer de nuevo y tendrían otra oportunidad. Esas mujeres habían vivido en un mundo sin un control de

natalidad suficiente, en un mundo en el que un aborto podía significar el fin de la vida, psicológica o físicamente hablando. De manera que veían la menopausia como un rito de paso que les permitía pasar de la esclavitud a la libertad. Con frecuencia, se sentían atrapadas hasta que llegaba ese momento. Y esta sensación de encierro era común a mujeres de todas las clases. Incluso las mujeres que eran solitarias, célibes y autónomas económicamente vivían sumidas en el temor constante de que la coerción sexual lo cambiara todo. En su mundo, cuando una mujer ya no era capaz de tener hijos, era más libre. La mediana edad era una etapa mágica.

¡Oh, qué alegría cuando oía a mi madre y a sus amigas enumerar las maravillas «del cambio»! Nunca usaban la palabra «menopausia». ¡Cuánta sensibilidad e intuición! Si hubieran integrado las definiciones médicas de los cambios en la mediana edad, quizá se habrían visto obligadas a asumir las implicaciones negativas que conlleva el uso de esa palabra, la pesada carga de pérdida que evoca. En lugar de eso, usaban su propio lenguaje especial. De ellas emanaba una manera sutil, seductora, misteriosa y festiva de hablar de los cambios de la mediana edad. Como una bruma perfumada cuyo aroma me ha seguido y perseguido, y que ahora me alcanza. He llegado. Recibo las señales. Estoy en pleno cambio.

Para mi madre, para sus amigas y para muchas otras mujeres a las que nunca conoció, llegar a la mediana edad era emocionante, porque significaba que ya no estaban obligadas a dedicar todo su tiempo a cuidar de otros. Por fin tenían tiempo para ellas. La falta de tiempo libre, de tiempo para no hacer nada, las había perseguido durante toda su vida. Y anhelaban los días en que el tiempo les sobrara. Días en los que pudieran pensar en jugar y en descansar y olvidarse del trabajo. Mientras escuchaba a mi madre y a sus amigas, nunca pensé en cómo quería que fuera mi vida una vez llegada a la mediana edad; me limité a aceptar con fe ciega, con una confianza absoluta, la convicción de que la vida sería entonces mejor de lo que había sido antes. Incluso si antes había sido dulce, la vida en

la mediana edad sería más dulce aún. Entonces todavía no sabía que la mediana edad sería un momento para replantearme de nuevo todo lo que había aprendido acerca de las mujeres y del amor.

La mayoría de las obras acerca de la mediana edad escritas por mujeres abordan la menopausia como si fuera lo único que sucede. No es así. Suceden tantas cosas que cuesta seguirle el ritmo a todas ellas. Desde el primer día en que llegó a la Tierra, la mujer ha sido el motor de todo lo que ha sucedido en el mundo, pero prácticamente nada ha sido organizado por ella ni para su placer. Gran parte de lo que hace que la mediana edad sea mágica para las mujeres ahora es que somos nosotras quienes la organizamos, somos nosotras quienes inventamos nuestro tiempo y nuestra manera de hacer. Durante la mayor parte de nuestra existencia, las mujeres hemos seguido el camino del amor que nos impusieron los pioneros patriarcales. A pesar de los desengaños y de los males de amor, hemos seguido el programa establecido y hemos aceptado sin cuestionar ni criticar lo más mínimo la idea de que el amor puede existir en un contexto de dominación. Un movimiento feminista y muchos corazones rotos después, muchas más mujeres que antes saben ahora que el amor y la dominación no pueden ir de la mano: la presencia de uno implica la ausencia del otro. Para algunas de nosotras, esto ha sido causa de más dolor si cabe. Como la dominación sigue estando a la orden del día, las mujeres, y sobre todo las mujeres que desean mantener relaciones con hombres, quieren saber cómo amar y ser amadas. Esta es una de las grandes preguntas a las que responde este libro.

La primera vez que hablé con otras mujeres acerca de escribir este libro, la pregunta que más se repitió fue si el amor era tan importante para nosotras cuando llegábamos a la mediana edad como cuando éramos más jóvenes. Hablé con muchas mujeres que, como yo, nunca habían pensado en la mediana edad y con muchas que pensaban, también como yo, que habrían muerto antes de cumplir los treinta. Nuestros motivos para pensar eso hundían sus raíces en el enorme

miedo a crecer, a convertirnos en mujeres adultas. Queríamos ser niñas para siempre. Sentíamos que, en tanto que niñas, teníamos poder. Éramos fuertes y valientes y estábamos seguras de nosotras mismas. De algún modo, empezábamos a perder poder en cuanto entrábamos en el reino de las mujeres jóvenes. Ahora, se están llevando a cabo estudios fascinantes acerca de las niñas y las adolescentes. Confirman que, con frecuencia, las chicas jóvenes se sienten fuertes y valientes, muy creativas y potentes, hasta que empiezan a recibir mensajes sexistas que las debilitan y que las animan a amoldarse a las nociones convencionales de feminidad. Para amoldarse, han de renunciar al poder.

Tradicionalmente, la mayoría de las mujeres hemos sentido que teníamos que renunciar al poder a medida que envejecíamos. Y, con la pérdida de la sensación de poder, llegaba el temor a ser abandonadas para siempre, a que no nos quisieran. Ahora, la vida a partir de la mediana edad se ha convertido en un momento no solo para recuperar el poder, sino también para conocer, por fin, el amor verdadero. Más que nunca antes, las mujeres hablan ahora acerca de las dificultades de ser poderosas en un mundo que ha cambiado mucho, pero que sigue siendo patriarcal. Es decir, disponemos de una libertad enorme en un mundo que todavía no acepta plenamente nuestra libertad. Y eso da lugar a problemas nuevos, problemas con los que las mujeres no habíamos tenido que lidiar hasta ahora. Pensemos, por ejemplo, en cuántos de nuestros progenitores vivieron, o viven, matrimonios de más de cincuenta años de duración en los que la mujer estaba triste e insatisfecha. Sin embargo, el mundo en el que crecieron les hizo creer que ese era el destino de la mujer. Ahora, multitud de mujeres, algunas de las cuales nunca se calificarían a sí mismas de feministas y que incluso creen que el movimiento feminista no ha afectado en absoluto a sus vidas, se sienten con fuerzas para abandonar relaciones en las que están aterrorizadas o son desdichadas, o incluso en las que quizá no se las trata mal en absoluto, pero sencillamente no se sienten queridas. Romper esos

vínculos abre la posibilidad de que puedan conocer el amor más adelante. La generación más mayor, que propugnaba el matrimonio para toda la vida, era, y con frecuencia aún es, más cínica en lo que al amor se refiere.

Aún recuerdo el dolor que expresó mi madre en un momento de su vida en que mi padre se comportaba de un modo especialmente agresivo. Siempre había sido un mujeriego, pero en ese momento su comportamiento era impredecible y aterrador. Hacía casi veinte años que estaban casados y yo estaba a punto de terminar el instituto. Recuerdo que le pedía a mi madre, con toda la arrogancia y el valor inconsciente de la adolescencia de finales de la década de 1960, que dejara a mi padre. Y nunca he olvidado la expresión triste y agotada de su rostro cuando me miró y me dijo con un hilo de voz: «¿Y quién me querrá si me voy?». La respuesta me dejó estupefacta, porque, con todo mi entusiasmo adolescente, veía a mi madre como a un ser maravilloso. Le pregunté, le exigí que me respondiera: «¿Se puede saber qué quieres decir con eso?». Con voz triste y trémula, me explicó que ya había iniciado su declive, que había tenido muchos hijos y que los hombres no deseaban a mujeres así. Fue una de las lecciones más dolorosas acerca del amor y del mal de amores de entre todas las que aprendí como chica adolescente en el seno del patriarcado.

Ahora, me alegra el corazón que las mujeres, incluso las que se sienten atrapadas en matrimonios que las hacen infelices, al menos sepan que hay opciones, que ahí fuera hay un mundo que desea su presencia, su existencia. Incluso si alguna mujer no cree que eso sea cierto en su caso, ve ejemplos de esta verdad en la vida de otras mujeres de su cultura. Y eso es crucial. Tiene un modelo de cambio tanto si decide cambiar como si no. Ahora, muchas mujeres eligen abiertamente a parejas de ambos sexos, lo que significa que las mujeres mayores cuentan con un conjunto de personas con experiencias compartidas que buscan compañía, ya sea sexual o no; cuentan con mujeres que buscan conocer el amor.

Nací en la década de 1950, en un mundo que creía que las mujeres se tenían que casar y que el matrimonio era para siempre. En esa época, todas las personas a las que conocía creían en las palabras «hasta que la muerte os separe». Nací también en un mundo que iba a misa todos los domingos y que se tomaba muy en serio las Sagradas Escrituras. Sin embargo, cuando estaba a punto de cumplir los veinte años, hacia el final de la década de 1960, ya se había cuestionado todo: la legitimidad del matrimonio, la importancia de la Iglesia... fue una época de grandes sublevaciones. De repente, el mundo se tambaleaba. Nada era estable. Y a mí se me daba bien eso de sublevarme. Sin embargo, al mismo tiempo era reticente a renunciar a todos los valores de mi niñez, por lo que intenté combinar ambos mundos. Estaba dispuesta a renunciar al matrimonio legitimado por el Gobierno, pero conservaría mi creencia en la importancia del compromiso y de la constancia. No buscaría marido, pero sí que quería un compañero para toda la vida. Rechacé el concepto de enamoramiento, porque implicaba la ausencia de decisión y de razón, pero asumí la visión del amor como un acto de elección y de voluntad.

El movimiento feminista contemporáneo me había enseñado a cuestionar las nociones del amor que animaban a las mujeres a convertirse en víctimas o a subordinarse de una manera masoquista a hombres patriarcales y aterradores. Me había enseñado que no necesariamente tenía que depositar todos mis anhelos de compañía en los hombres, que las mujeres también eran una opción romántica. Todo ello resultaba embriagador para una chica baptista del sur criada en un hogar estricto, pero lo asimilaba todo e intentaba hacer los ajustes necesarios. Mi estrategia para una vida feliz consistía en elaborar un plan que conservara lo bueno de la tradición e incluyera lo mejor de lo nuevo que estaba conociendo. Aunque se trataba de una estrategia muy buena en teoría, en la práctica resultó muy complicada. Y falló en muchos aspectos. Y el fracaso que más dolió fue el que tuvo que ver con el amor.

El feminismo radical animó desde el principio a las mujeres a que cuestionáramos nuestra obsesión con el amor. En casos extremos, algunas activistas concretas nos instaron a que olvidásemos el amor y buscáramos el poder. El amor era para las víctimas; el poder era para los vencedores. Yo me aferré sin rubor alguno a las visiones de plenitud y de amor romántico que se habían impreso en mi conciencia durante mi niñez. De niña, me fascinó que crearan a Ken para que acompañara a Barbie. Ahora podría jugar a casitas de verdad. E incluso cuando el feminismo penetró por todos los poros de mi cuerpo a los dieciséis años, seguía queriendo y seguía creyendo en la idea de una unión en la que Barbie y Ken serían felices para siempre. En la que yo y mi amor elegido seríamos felices para siempre.

A pesar de mis más de veinte años como pensadora y activista feminista, mi obsesión con el amor es ahora tan intensa como cuando presenté el nuevo muñeco Ken a mi Barbie. Sí, fue un matrimonio concertado. Con Barbie y Ken en mis manos, pude crear un mundo de amor sostenido, un mundo en el que la unión romántica abría el corazón y elevaba el alma. Pude crear el paraíso. Las fantasías de amor verdadero que ofrecí a Barbie y a Ken sentaron las bases de mi propia búsqueda del amor. Vivía en un mundo en el que mis abuelos maternos estuvieron casados durante casi ochenta años y en el que era evidente que mis padres pensaban seguir juntos para siempre (por mucho que viera con claridad, incluso de niña, que ni ellos ni otros matrimonios como ellos se sentían necesariamente satisfechos en el amor). La idea de plenitud me obsesionaba. Quería entender cómo se conseguía que el amor funcionara.

El deseo de entender y de conocer el amor me acompañó durante toda mi juventud y hasta entrar en la edad adulta. Era la pasión que me animaba en la vida. La naturaleza de esa obsesión se fue transformando a medida que yo maduraba. Tras la conversión feminista, mi pensamiento acerca del amor dejó de ser heterosexista, como sí había sido antes del feminismo. Me empecé a dar cuenta de

que eran muchos los caminos que llevaban al amor, mientras que había una sola manera de amar. Y, más que nunca, supe que era posible que las mujeres conociéramos la felicidad del amor. Por eso quise escribir un libro más personal acerca de las mujeres y de su búsqueda del amor y, sobre todo, acerca del significado de esa búsqueda en la mediana edad.

Mi primer libro, *Todo sobre el amor: Nuevas perspectivas*, fue una discusión más general acerca del significado y de la práctica del amor en nuestras vidas. Este libro constituye una exposición más personal acerca de cómo ha cambiado mi manera de pensar acerca del amor ahora que he llegado a la mediana edad. Exploro mi propio viaje en busca del amor verdadero y examino cómo el movimiento feminista ha cambiado para siempre la vida de las mujeres, cómo ha abierto avenidas que, hasta entonces, habían permanecido cerradas y nos impedían alcanzar la igualdad social con los hombres. Las mujeres disponemos ahora de más libertad de la que habíamos tenido jamás y, sin embargo, no está claro que esa libertad nos haya proporcionado más acceso al amor verdadero. No está claro que esa libertad haya cambiado la naturaleza del romance y de las relaciones de pareja. Algunas de nosotras hemos estado casadas o tenemos matrimonios o relaciones de pareja que duran toda la vida. Muchas hemos alcanzado la independencia económica. Muchas no tenemos hijos. Más que nunca antes, hay muchas mujeres solteras que llegan solas a la mediana edad. Casi nunca se habla de nuestro anhelo de compañía, de amor, de un modo que articule con realismo cómo es nuestra vida.

Hasta hace poco, apenas se hablaba del destino que nos aguardaba en relación con el amor romántico y las relaciones de pareja, más allá de la idea generalmente aceptada de que cualquier mujer heterosexual mayor de treinta años que sigue soltera tiene muchas probabilidades de quedarse sola para siempre. Y Dios no quiera que llegue a los cuarenta sin haber encontrado a un hombre. Cuando los medios de comunicación abrazaron esta

idea y la blandieron como propaganda para infundir terror en el corazón de las mujeres, fue una forma indirecta y sutil de atacar al feminismo. Para las que nos estábamos centrando en la educación superior, en desarrollar nuestras carreras profesionales y, seamos sinceras, en «ganar dinero» para poder llevar las riendas de nuestra vida económica, el bombardeo de mensajes que nos decían que la probabilidad de que muriéramos en un accidente de avión era mayor que la de encontrar pareja fue poco menos que un aviso para navegantes. En la popular película *Algo para recordar*, todas las personas presentes en la vida del personaje interpretado por Meg Ryan le hacen sentir preocupación, cuando no pánico, porque aún no está casada. Cuando estudia las estadísticas que sugieren que no encontrará el amor se inquieta por el futuro de su vida que, por lo demás, es feliz. Cual amenaza, esas estadísticas sirvieron para advertir a las mujeres que más nos valía que nos centráramos de nuevo en buscar y en conservar a un hombre; que esa debía ser nuestra preocupación principal.

Esta sería advertencia me llegó justo cuando estaba planteándome dejar al hombre con el que entonces compartía mi vida. Hacía más de diez años que estábamos juntos, pero no estaba satisfecha. No estaba comprometido ni con el crecimiento personal ni con la apertura emocional y, aunque defendía la igualdad en el trabajo, en nuestra vida íntima me veía fundamentalmente como una herramienta para satisfacer sus necesidades sexuales. Al igual que muchas otras mujeres, tomé nota de la advertencia de que, quizá, no encontraría a otro hombre que me quisiera. Es probable que este temor, entre otros, me hubiera empujado a mantener esa relación durante más tiempo del que hubiera sido aconsejable. Al final, mis temores no fueron tan importantes como mi afán por encontrar la libertad, la realización y el amor. Para mí, dejar la relación no significaba renunciar al amor; por el contrario, era el gesto que me liberaría para buscar el amor de verdad, el gesto que me permitiría amar de nuevo. Así que me fui. Y me sentí bien. Nunca hubiera

conocido el amor en esa relación. Dejarla abría la posibilidad de encontrarlo.

El amor debería ser tan importante para las mujeres que llegamos a la mediana edad como lo era en nuestra juventud, cuando éramos adolescentes ingenuas en busca del amor verdadero y de la unión perfecta. Seguimos buscando. Algunas hemos encontrado el amor que buscábamos. La magia de la mediana edad es que, ahora, muchas de nosotras sabemos más acerca del significado del amor. Sabemos más acerca de lo que significa amar y ser amadas. Tenemos más experiencia.

La mayoría hemos sufrido mal de amores. El dolor nos ha ofrecido la oportunidad de aprender de nuestro sufrimiento, de prepararnos para el amor que se nos ha prometido. Sabemos que el amor está ahí. Algunas seguimos esperando. Sabemos que amaremos otra vez. Y, cuando amemos, sabremos que el amor durará. Aún más importante, hemos aprendido a base de ensayo y error y ahora sabemos que el amor verdadero comienza por el amor propio. Y que, una y otra vez, la búsqueda del amor nos devuelve al punto de partida, al espejo de nuestro corazón, donde nos podemos mirar con amor y renovarnos.

Las críticas feministas al amor han impedido que mujeres progresistas y potentes hablen del lugar que el amor ocupa en nuestras vidas. Este silencio ha mermado la libertad de todas las mujeres para realizarse plenamente, algo que la liberación de la mujer defendía al principio. Aunque las pensadoras y activistas feministas tenían razón cuando atacaron y desearon las maneras patriarcales y desfasadas de pensar acerca del amor y del romance, las chicas y las mujeres necesitamos que ese vacío se llene con visiones liberadoras y llenas de esperanza y de promesa. Sin esas visiones nuevas que nos sirvan de guía, de mapa, el camino al amor sigue siendo difícil de encontrar y la búsqueda del amor nos deja insatisfechas y vacías. Las mujeres, y la cultura en su conjunto, necesitamos visiones constructivas de un amor redentor. Necesitamos recuperar el amor y proclamar su poder de transformación.